

EL CRISTIANO A LA HORA DE LA REVOLUCION

por **ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

EN el mundo han cambiado muchas estructuras radicalmente; y no sólo las estructuras, sino incluso algo más permanente en la sociedad como son muchas instituciones: las ideas, creencias, símbolos, costumbres, usos y prácticas que han sido legadas e instituidas por las tradiciones de pueblos y culturas, así como las instituciones más concretamente políticas, jurídicas o religiosas, según analiza el fino sociólogo A. Cu villier, son las que han experimentado profundos cambios en el último siglo y medio.

La revolución industrial ha influido grandemente en la cultura moderna, y, a partir de ella se han empezado a producir las transformaciones aceleradas de que habla el Concilio.

Sin embargo, en manos de los hombres están todavía pendientes de realizar, en buena parte, las transformaciones sociales que organicen, con justicia para todos, esos cambios que se dan en la evolución del mundo. Y, en eso, los católicos vivimos actualmente en una profunda inquietud, al ser conscientes de que, muchas veces, no hemos aportado las soluciones profundas al mundo del presente, que eran necesarias para el pueblo.

Nuestro cómodo cristianismo no ha sido bastante radical. Nuestra doctrina no fue, ante todo, una vida preocupada por los demás. Nuestra visión de los problemas fue demasiado raquítica, y el cristianismo dejó de ser una osadía en los cristianos.

Las excepciones, por numerosas que se cuenten, no invalidan este sincero examen de conciencia, que todos debemos hacer.

Tenemos que confesar noblemente, con el Cardenal Frings, que «el cristianismo en los pasados siglos quizá se centró demasiado en la salvación del alma, que el individuo encontrará en el más allá; y que no haya hablado bastante de la salvación del mundo».

El Concilio, sin embargo, se ha hecho eco de esta profunda enseñanza cristiana, olvidada por muchos católicos, de que «la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra». Incluso se atreve, esta magna asamblea católica, a decir algo muy profundo: que este perfeccionamiento de la tierra «puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo». Ya no podemos hacer esa separación absoluta entre el mundo de lo religioso y el mundo de lo humano. Los hombres auténticamente cristianos saben que la tierra no les puede separar de lo divino, porque ya «no se pueden crear oposiciones artificiosas entre las ocupaciones profesionales y sociales de una parte, y la religiosidad vivida por otra».

El cristiano que huye del mundo, no tiene sentido. El cristiano que se evade de sus responsabilidades sociales, no ha comprendido lo más mínimo lo que sea el cristianismo.

Pío XII se extrañaba de que los católicos mostrasen menos interés que los no-creyentes por la transformación de la sociedad, promoviendo cada vez con mayor responsabilidad y más rápidamente una nueva situación de justicia. La expresión (manejada por católicos como disculpa y no-católicos como ataque) de que el hombre religioso se interesaba menos por el mundo porque estaba pensando siempre en la otra vida, es falsa a la luz del Concilio. Precisamente por ser un hombre auténticamente religioso, los cristianos deben mirar con el máximo interés al mundo, pues él les tiene que descubrir el sentido religioso de su vida: Juan XXIII lo dijo en su encíclica «Mater et magistra», y al leerlo los mismos creyentes se sintieron un poco sorprendidos. Recuerdo que, en una asamblea de Acción Católica, un eclesialístico —hace años— todavía reaccionaba en contra de esta idea, que le habían inculcado a golpe de cincel en el seminario. Para vencer su resistencia, no tuve más remedio que redactar las conclusiones del trabajo que yo presentaba, con palabras textuales de Juan XXIII. Sólo resguardándome con sus textos, pudo ser aceptada la idea.

Lo desesperante es la lentitud con que vamos muchas veces avanzando para comprender a fondo el mensaje del cristianismo; y esto debía alarmarnos. Un Obispo español ejemplar me decía hace pocos días que dentro de pocos años todos los que nos llamamos avanzados —si no evolucionamos progresivamente— nos quedaremos sumamente retrasados, ante las ocultas posibilidades que da el Concilio, y de las cuales no somos conscientes, sino a medias.

Excelente visión del futuro. Pero lástima, que nosotros estamos demasiado tímidos en descubrirlo.

EL Concilio nos invita a «sancar las estructuras y los ambientes del mundo». Pero está claro que el Vaticano II no se conforma ciertamente con una actitud limosnera; ni tampoco con el engaño de hacer pequeñas reformas, sin grandes consecuencias para la estructura toda de la sociedad en su conjunto.

Son ya muchos —hasta en Norteamérica, como confesaba Mons. Higgins en septiembre último— los cristianos de mente abierta e inquietud de corazón, dispuestos a los cambios radicales necesarios, que modifiquen la injusta situación del mundo, no sólo subdesarrollado, sino de aquel que llamándose civilizado, más por lo que es para unos pocos favorecidos, que para ventaja de todos. Y para ello, hay que pensar de la misma manera que Monseñor Helder Cámara, cuando confesaba: «Espero impacientemente un movimiento de opinión pública que movilice las universidades, la Prensa, los dirigentes religiosos, para ello; y no la guerra ni el odio». Porque «la Iglesia, fiel a la doctrina cristiana, está decidida a tomar el partido de las víctimas de la injusticia», como dijo también Mons. Mc Grath a la Asamblea de los Obispos de toda América Latina.

PERO también señala el Concilio otra cosa muy importante. Si se quiere eficaz en el mundo de hoy, y se desea ser consciente de la condición social del hombre, nada se puede hacer si no es aceptando noblemente «que todos los hombres, creyentes y no-creyentes, deben colaborar en la edificación de este mundo, en el que viven en común» (Constitución *Iglesia y mundo*). Este derecho de asociación humana ha sido reconocido por el Vaticano II como un derecho natural, a cualquier nivel económico, social, cívico o cultural. Los dirigentes de la sociedad por eso «tienen que cuidar de no entorpecer las asociaciones familiares, sociales o culturales, los cuerpos e instituciones intermedias, y no privarlos de su legítima y constructiva acción, que más bien deben promover con libertad y de manera ordenada» (Const. *Iglesia y mundo*).

Vemos así claramente que el Concilio señala como algo esencial a la estructura vital del cristiano, su responsabilidad ante las injusticias del mundo actual; y la inquietud de fondo, profunda y auténtica, que debe poseer el católico para intentar, por todos los medios, estructurar más justamente la sociedad del siglo XX, a todos sus niveles públicos y privados.

Hemos visto también que el Concilio se lo pide esto a los seglares, no sólo como un deber moral, sino como algo que debe estar hecho carne en su propia vida.

Pero nada de todo ello sería suficientemente eficaz sin el apoyo mutuo de los hombres entre sí, para reorganizar y transformar la economía, la sociología, la organización cívica, la cultura y la profesión.

Todo esto es lo que, en el lenguaje un poco esotérico de la Acción Católica, se llama «compromiso temporal del cristiano».

No es —por eso— comprometerse en la vida, el repetir palabras de las encíclicas de los Papas; aunque esto sea bueno.

Ni tampoco lo es utilizar las cosas de este mundo para defender a la Iglesia; aun cuando algunas veces haya podido parecer legítimo.

Tampoco lo es dar consejos morales a los patronos para que sean más bondadosos; y a los obreros para que sean más pacientes.

Ni lo es el pretender canonizar, como única solución cristiana, el «germinalismo» medieval, pretendiendo que nos convirtamos todos en pequeñas industrias artesanas. Como tampoco lo puede ser el «corporativismo» a estilo fascista, que por más que se diga, nunca aprobó el Papa Pío XI, porque pretendió claramente, este Pontífice, unos sindicatos económico-sociales de corte democrático y representativo, que nada se parecían a los, accionados desde arriba, que pretendió Mussolini.

Tampoco es comprometerse en la vida buscar recetas morales, creyendo que el mundo de la economía o de la sociología, no se gobierna por leyes propias. Existe, y la Iglesia lo reconoce, una legítima autonomía de todas las cosas profanas que vemos en este mundo, las cuales tienen sus leyes y cometidos propios, y parten de sus propios principios, sin atarse a ninguna clase de confusionismos clericales. La inspiración que el cristianismo da a las cosas de este mundo se dirige fundamentalmente a los corazones de los hombres, para que no sean hipócritas egoístas, y no se queden cortos en la transformación de las injusticias humanas. Pero la Iglesia no pretende, ni debe pretender, gobernar al mundo con su autoridad.

Como tampoco sería un verdadero compromiso temporal, la actuación de simples guerrilleros que, a título aislado, quisiesen conseguir más justicia en su taller, en su barrio, en su ciudad, en su profesión o en la sociedad toda. Esc, y no otro, es el derecho natural a la asociación, defendido por León XIII y los Papas posteriores, e inscrito en los textos del Concilio como doctrina obligatoria para todo católico dirigente social o simple individuo: «el cristiano debe reconocer la legítima pluralidad de opiniones temporales discrepantes, y debe de respetar a los ciudadanos que, aún agrupados, defienden lealmente su manera de ver». (Const. Iglesia y mundo).

LSTA es la doctrina que sustentamos en la Acción Católica, a la hora de formar a sus militantes de apostolado, para que sean hombres responsables en la sociedad, percatándose de que si la transformación industrial, a veces se ha realizado, sin embargo a la social todavía le falta mucho en el mundo presente, por no decir casi todo.

Naturalmente que la asociación de apostolado es otra cosa, y no puede, ni quiere, convertirse en una asociación profesional ni social, ni política. Por eso este compromiso en la vida, eso que se llama compromiso temporal, lo realizan los seglares, y no las organizaciones apostólicas. Aunque algunos teólogos —falsamente tildados de avanzados— parece, a veces, que quieren volver a resucitar los sindicatos confesionales o los grupos políticos de marchamo católico; esto es algo que está ya pasado, anticuado, superado, porque nos parece a muchos que la era de los «confesionalismos» ha terminado.

Incluso, extremando las cosas, la libertad del cristiano, en su decisión personal y autónoma en todos los problemas políticos, económicos o sociales, es tan grande, que debemos acostumbrarnos a pensar que la Jerarquía no le podría dar ninguna directriz de carácter terreno y concreto, que fuese una solución concreta a los problemas de este mundo. De ahí que las confusiones —por bien intencionadas que sean— entre lo religioso y lo profano, lo católico y lo político, las consideramos rechazables. Que León XIII invitase a los católicos franceses a aceptar la República, puede ser que fuese un buen consejo en el plano humano; pero ningún católico consciente se sintió obligado a seguir tal indicación pontificia, por el mero hecho de venir de la pluma de un Papa. Si la aceptaron —como han aclarado excelentes teólogos— es porque querían coincidir con los signos de los tiempos; y no convertirse en unos perpetuos retrógrados, añorando las estructuras sociales de otros tiempos. Su insobornable decisión de seglares responsables, no podía sentirse entorpecida por directriz humana alguna, emanase de quien emanase.

Sin embargo, no es hacer temporalismo, ni política, «formar cristianos adultos... que sepan obrar en el mundo de lo temporal», preparándoles convenientemente a ello, como pide Pablo VI. Ni tampoco lo es —porque seguimos en esto a Pío XI— que «la Acción Católica —aun sin hacer política en el sentido estricto de la palabra— prepare a sus seguidores para que hagan buena política, inspirada toda ella en los principios del cristianismo».

Ni tampoco lo será —porque todavía está en el plano puramente moral por más concreto que sea— el «denunciar lo que hay de contrario a la naturaleza en una situación social», como pedía Pío XII a la Iglesia; y por tanto a nosotros que también somos Iglesia, y lo somos cada vez más conscientemente, a través de una Acción Católica, no sólo dispuesta a obedecer a la Jerarquía, «sino capaz igualmente de tomar sus iniciativas propias y sus propias responsabilidades» (Pablo VI, 6-VII-1963).

Compromiso temporal de los militantes cristianos, sí; pero con la autonomía propia de seglares desvinculados de todo anacrónico clericalismo.

Y, al mismo tiempo, una Acción Católica que, sin caer en el compromiso temporal, sepa tener una moral social que sabe hablar claro ante las injusticias palmarias de cualquier sociedad, por perfecta que se la suponga.



Aspirina® Infantil

PARA TODAS LAS INDICACIONES DE LA ASPIRINA

CPS. 094

CONSULTE A SU MEDICO



Colegio Yale

jardín de infancia - parvulario
hogar infantil - residencia y guardería - custodias por días y horas

EDUCACION INTEGRAL DE LOS NIÑOS BASADA EN EL ENRIQUECIMIENTO PROGRESIVO DE SU EXPERIENCIA DIRECTA, EN LA LIBERTAD DE EXPRESION Y EN EL FOMENTO DE SU SENTIDO DE RESPONSABILIDAD

Grupos reducidos - Comunicación constante con los padres

Media jornada en Inglés o francés. Jardín, piscina, gimnasio, frontón, sala de ballet. Gabinete clínico y psicopedagógico.

ABIERTO TODO EL AÑO - SERVICIO DE MICROBUSES PLAZAS LIMITADAS

Guadalquivir, 16 y Daniel Urrabieta s/n. - (El Viso) - Madrid (2)
Teléfono 261 94 48